

MEDIA, TECHNOLOGY, AND LITERATURE IN THE NINETEENTH CENTURY. IMAGE, SOUND, TOUCH

Colette Colligan y Margaret Linley (Eds.), Surrey, Ashgate, 2011.

302 págs.

ISBN 9781409400097

La experiencia de lo visual, lo sonoro y lo táctil goza de particular protagonismo en la academia anglosajona. Desde los "visual studies" o los "sound studies" se da cabida a un amplio espectro de manifestaciones de la visualidad o del sonido más allá de lo que tradicionalmente se considera "artístico" entre las que se incluye la perspectiva intermedial. Este planteamiento es el que enmarca el volumen colectivo titulado *Media, Technology, and Literature in the Nineteenth Century. Image, Sound, Touch*, realizado bajo la dirección de Colette Colligan y Margaret Linley, profesoras de literatura inglesa en la Simon Fraser University (British Columbia, Canadá).

Se recogen en esta obra un conjunto de ensayos en torno a la redefinición de la cultura decimonónica a partir de la incidencia en la misma de nuevos usos tecnológicos y del auge de los medios de comunicación masivos. Este nuevo panorama supone una reconfiguración de las prácticas implícitas no sólo en la difusión sino también en la propia actividad creativa, en particular de la literatura, en la que el volumen se centra. La ordenación del mismo se lleva a cabo a través de tres ámbitos: la imagen, el sonido y el tacto, algunas de cuyas aportaciones pasaré a destilar brevemente, sin pretensiones de exhaustividad.

En la sección dedicada a la imagen, el ensayo inicial de Richard Menke plantea, a partir del célebre poema "I wandered lonely as a Cloud" (1807) de William Wordsworth, la concepción de la memoria como *medium* para una experiencia virtual factualizada, que replica a la observación

directa. Este ejemplo supone asimismo la alternativa al objeto libro como formato uniforme, ya que su aspecto formal sobre la página tiene en cuenta la dimensión plástica, lo que pone en interrelación materialidad y memoria, texto e imagen. El ensayo de Vanessa Warne aborda la conformación de un lenguaje escrito para ciegos durante la época victoriana a través del alfabeto táctil. La autora se hace eco de lecturas contemporáneas como la que plantea el distanciamiento de la asimilación entre visualidad y cognición (Maurice de La Sizeranne) y, por consiguiente, la asunción del tacto como perfecto sustituto de la vista, lo cual permite establecer similitudes entre las prácticas literarias de los colectivos vidente e invidente. El capítulo de Daniel A. Novak entraña una interpretación de la fotografía como forma de narrativa literaria, en concreto, como narrativa de sí misma según revela cierta fotografía victoriana. La objetividad asociada al género es transgredida a través de innovadoras formas de montaje, como la "composition photography" de los fotógrafos Oscar Gustav Rejlander o Henry Peach Robinson. El capítulo de Helen Groth desentraña la metáfora social de la que el periodista y reformador social George Sim se vale al vincular el funcionamiento del kaleidoscopio con la vida urbana de la última etapa victoriana. Su *The Social Kaleidoscope* (1881) muestra este artefacto como dispositivo revelador de un modelo idealizado de conciencia que representa los detalles del flujo existencial de la vida moderna, con su incesante torbellino de estímulos aleatorios.

En cuanto a la sección segunda, dedicada al sonido, el capítulo de Lorraine Janzen Kooistra analiza tres libros-regalo de Navidad que ejemplifican la aparición de un objeto de consumo doméstico dirigido a un público femenino e infantil que integra los sentidos de la vista, el oído y el tacto, en el marco de un debate en torno a la banalización de lo “propriadamente” literario. El capítulo de Linda K. Hughes analiza algunas de las propuestas creativas de Tennyson, Rossetti y Morris de la década de 1850 en un contexto de rivalidad entre palabra, imagen y sonido. Se dan cita aquí cuestiones como el esteticismo, el papel privilegiado de la música en la jerarquía de las artes, la complementariedad y a la vez rivalidad entre poesía y visualidad o la analogía entre color y armonía pictórica. Por último, el texto de Ivan Raykoff se centra en el estudio del teclado como artefacto de convergencia de las prácticas del telegrafista, el pianista y el mecanógrafo. De particular interés resulta no sólo la historia que estos medios compartieron sino las interferencias entre la ejecución interpretativa del piano-forte y la de los otros dos medios técnicos.

En último lugar, en la sección dedicada al tacto, el capítulo fascinante de David P. Parisi indaga en el desarrollo de la tactilidad en el siglo XIX a partir de la figura pionera de Ernst Heinrich Weber (1795-1878), quien puso en marcha un método para medir, fijar y cuantificar los procesos psico-fisiológicos desde la experiencia háptica. En el paradigma weberiano ya no es la razón la que corrige lo mediado por los sentidos: el intelecto es modificado por el experimento racional, que interactúa con la experiencia sensitiva. El capítulo de Colette Colligan, una de las editoras del volumen, aborda la novela erótica *Teleny* (1893) desde el punto de vista de la exaltación de las sensaciones táctiles, en particular de las descripciones de encuentros sexuales, que vincula con la proliferación de toda una industria del divertimento; mutoscopios y diferentes tipos de dispositivos teatrales y tecnologías “precine-matográficas” que empezaban a proliferar en las urbes del fin de siglo. El capítulo de Christopher Keep se enmarca en un cambio de paradigma en la concepción del telégrafo a lo largo del

siglo XIX, que pasa de ser considerado una tecnología visual a una corporal (háptica o sonora). Por último, el texto de la segunda editora del volumen, Margaret Linley, plantea una lectura de *Frankenstein* a la luz del concepto foucaultiano de “biopoder”. La obra de Shelley situaría la definición de ser humano inextricablemente unida a la cuestión de la transmisión y la comunicación así como a su orientación social.

Estamos, sin duda, ante una obra de sumo interés a la hora de entender los canales y los mecanismos que contribuyeron a forjar los dispositivos culturales decimonónicos, en la que se integran contribuciones de marcada originalidad. A su vez, en ella se dan cita de manera intermitente obsesiones del período; es el caso de la patología de la neurastenia (Colligan, Keep). El abanico de temáticas y fuentes abordadas se circunscribe, no obstante, al ámbito inglés, de hecho, buena parte de los autores proceden del ámbito de la literatura inglesa (y de departamentos anglosajones). Una apuesta más explícita por la apertura a otros contextos habría enriquecido con toda probabilidad el resultado y respondería de manera más precisa al enfoque transnacional que el título del volumen sugiere.

Entre las cuestiones transversales a las que el volumen se enfrenta destaca la que plantea cómo a lo largo del siglo XIX tiene lugar un cambio de jerarquías, no sólo en el ámbito artístico sino también en la producción intermedial y en la reflexión teórica, en el que se pasa de un absoluto dominio de lo visual, al ser éste identificado con la cognición, a su diálogo y rivalidad con sistemas táctiles y sonoros. Este libro trata de hacer justicia a esta realidad histórica tal y como se expone en el capítulo introductorio y según revelan contribuciones como las de Warne o de Parisi. Es más. Las editoras ven en la sofisticada sociedad tecnológica del siglo XXI la actualización de procedimientos de mediación surgidos en el siglo XIX con el propósito de explorar diferentes formas de interacción entre sonido, tacto e imagen.

Sonsoles Hernández Barbosa
Universitat de les Illes Balears